

Para tu bien presenta
Doquier placeres fáciles, y ostenta
Tierna madre á tus ojos su hermosura.
Escoge: un claro día,
El sol que con su llama
Señor del cielo el universo inflama,
Y la beldad le torna y la alegría;
El viento que bullente
Jugando entre las flores,
Regala tu nariz con sus olores,
Y el pecho te dilata dulcemente;
Las flores que embelesan
Con sus galas vistosas,
Las abejas volando entre las rosas,
Que, abrazados sus vástagos, se besan;
El incesante trino
Con que avecilla tanta
Su gozo explica, sus amores canta;
De Filomena el suspirar divino,
Y hasta en la noche oscura
El sinfin que en su velo
Arde de luces y tachona el cielo,
Del sol mismo emulando la hermosura;
Si bien sabes mirarlo,
Todo alegrarte puede,
Que á todos y sin precio se concede,
Porque todos á par puedan gozarlo.
Ni hay afombradas salas
O riquezas iguales,
Ni llegan los alcázares reales
A pompa tanta y naturales galas,
O más grato embebece
Un armónico coro,
Que el arroyuelo de cristal sonoro
Que serpeando el ánimo adormece;
Salta y rie, y la vista
Con mágico atractivo
Deslumbra y fija; en su bullir festivo,
¿Qué pecho habrá que al júbilo resista?
El llanto mismo, el llanto
En que un llagado pecho
Prorrumpe á veces, ¡oh dolor! deshecho,
Aun tiene su placer y es un encanto.
El alma que oprimida
Siente ahogarse en su pena,
Con sus lágrimas dulces se serena,
Y entre ellas torna á recobrar la vida.
Bien como el caminante
Que en medio la ágría cuesta
Aliento toma, y á doblar se apresta
Su cima, que enriscada ve delante.
Veces mil, Julio mio,
Lo llevo así proba lo.
Triste ¡ay! de aquel á quien maligno el hado
Abisma en un dolor mudo y sombrío,
Que siempre, siempre al cielo
Torvo hallará y sañudo,
Ni jamás del dolor el dardo agudo
De su pecho arrancar verá al consuelo.
No, pues, necio, te exhales
En quejas omínicas;
Que nosotros labramos, no las cosas,
Si bien lo estimas, nuestros crudos males.

ODA XXXIII.

QUE NO SON FLAQUEZA LA TERNURA Y EL LLANTO.

¿Te admiras de que lloro;
De que mi blando pecho
Brote en lluvia de lágrimas deshecho,
Y al santo cielo tan ferviente imploro?
No femenil flaqueza
Ni torpe cobardía
Causa á mi lloro son; que el alma mía
Sabe sufrir con rígida entereza.
Y ya un tiempo pudiste
Impávida en los males
Notar mi frente igual; ¿viste señales
De miedo en mí, ni lamentar me oíste?
Hoy por doquier que miro,
En eterna amargura

Hallo al mortal gemir; de mi ternura
Mi llanto nace, y por su mal suspiro;
Que un dulce sentimiento
Uniéndome á sus penas,
Me veda ya el mirarlas como ajenas,
Y hombre, los males de los hombres siento.
Y ¡qué! ¿tú no has probado
El placer delicioso
De llorar, Julio, alguna vez? ¿Lumbroso
Te rió siempre el cielo y despejado?
¿Grata siempre tu amante
Oyó tu fe amorosa?
¿Nunca esquivas te huyó, nunca celosa,
Nunca por otro te dejó, inconstante?
¿Siempre á tu fino amigo
Miró fausta su estrella?
¿No hirió tu oído su infeliz querella,
Ni un desgraciado mendigó tu abrigo?
¿No viste en triste duelo
Tus padres venerandos,
Ni en los horrores de la guerra infandos
Taladas mieses, devastado el suelo?
¿Miserio tú, si entonces,
Seco el raudal torrente
Que ora inunda mi faz, de yerta frente
Fuiste á mal tanto, y corazón de bronce;
Pero tu pecho es bueno,
Y condolerte sabes;
No, pues, de ver al infeliz te alabas
Con ojo enjuto y ánimo sereno.
A mí no es concedido
Frenar, amigo, el llanto
En su suerte fatal, sensible tanto
Cuanto he casos más ásperos sufrido;
Y el que olvidado gime,
O en destierro ominoso,
O á la calumnia y á la envidia odioso,
Tiembra al poder que bárbaro le oprime,
Siempre mi pecho abierto
Hallarán á su pena,
Siempre mi lengua de consuelos llena,
Y mi rostro de lágrimas cubierto.
Otro aplauda en buen hora
Su firmeza insensible,
Y roca, á la piedad inaccesible,
Ría al que triste con el triste llora;
Que yo obligado al cielo
Del dón de mi ternura,
Si no alcanzo á aliviar la desventura,
De llorar logro el celestial consuelo.

ODA XXXIV.

A MIS LIBROS.

Fausto consuelo de mi triste vida,
Donde continuo á sus afanes hallo
Blandos alivios, que la calma tornan
Plácida al alma;
Rico tesoro, deliciosa vena
Do puros manan, cual el alma rayo
Que Febo lanza, esclareciendo el orbe
Santos avisos;
Donde Minerva providente ceta
Sus maravillas, monumento ilustre
Del genio excelso que feliz me anima,
Libros amados.
Do de los siglos la fugaz imágen,
Donde, natura, tu opulenta suma,
Del seno humano el laberinto ciego
Quieto medito.
Nunca dejéis de iluminarme, nunca
En mi cansada soledad de serme
Util empeño, pasatiempo dulce,
Séquito grato.
Vuestro comercio el ánimo regala,
Vuestra doctrina el corazón eleva,
Vuestra dulzura oídica el oído
Mágica aduerme;
Cual reverdece la sonante lluvia
Al seco prado, y regocija alegre
La árida tierra, que su seno le abre,

Madre fecunda.
Por vos escucho en el aonio cisne
La voz ardiente y cólera de Ayace,
Los trinos dulces que el amor te dicta,
Cándido Teyo.
Por vos admiro de Platon divino
La clara lumbre, y si tu mente alada,
Sublime Newton, al Olimpo vuela,
Rauda te sigo.
En la tribuna el elocuente labio
Del claro Tulio atónito celebro;
Con Dido infansta dolorido lloro
Sobre la hoguera.
Sigo la abeja, que libando flores
Ronda los valles del ameno Tibur,
Y oigo los ecos repetir tus ansias,
Dulce Salicio (1).
Viéndome así del universo mundo
Noble habitante, en delicioso lazo
Con las edades que en el hondo abismo
Son de la nada.
Nunca preciados, do la muerte ¡oh libros!
Lleve mi vida, cesaréis de serme,
Ora me encumbra favorable, y ora
Fiera me abata;
Bien me revuelva en tráfigos civiles,
Bien de los campos á la paz me torne,
Siempre maestros de mi vida, siempre
Fieles amigos.

ODA XXXV (2).

Almas sublimes, cuyo afan dichoso
Llegó do de belleza
Los tesoros guardó naturaleza,
De vuestro genio ardiente en tan gozoso
Y afortunado día
Mi espíritu llenad, á la alegría
Venid universal, y su memoria
Consagrad en el templo de la gloria.
La paz, la dulce paz del alto cielo
Bajó á la humilde tierra
Y ahuyentó los furros de la guerra;
Cual el sol, rey del día, el denso velo
Rompe de nube oscura,
Y el orbe llena de su lumbre pura,
En las cumbres del cielo sublimado
De inaccesible resplandor cercado.
La paz, la dulce paz ha descendido
A reparar los males
Que lloraban los míseros mortales,
A nuestras tiernas súplicas su oído
Concediendo apiadado,
Y en cuna de oro y de marfil labrada
Bajando en rico dón á los iberos
Campos desde la gloria dos luceros.
Dos cándidos luceros, dos hermosos
Infantes, que algun día
Su consuelo serán y su alegría.
Del helado Fuenfria los umbrosos
Valles, con grato estruendo,
«Dos cándidos luceros» van diciendo;
Oyelo Guadarrama y se alborozó,
Y el aura, repitiéndolo, se goza.
A los climas opuestos voladora
La fama alegre lleva
Tan agradable no esperada nueva.
Desde el poniente al reino de la aurora
Se oye en dulce ruido:
«Dos cándidos luceros han nacido.»
La paz, sólo la paz los aires llena,
Y «Carlos y Felipe» el eco suena.
¡Carlos! ¡Felipe! nombres deliciosos

(1) El dulcísimo poeta Garcilaso.
(2) Esta oda fué leída por MELÉNDEZ en el acto de la distribución de premios de la Academia de San Fernando, en 1784. — Más que á las artes, está dedicada la oda á celebrar la paz con Inglaterra y el nacimiento de los infantes gemelos; acontecimientos que cantaron entonces casi todos los poetas de España. Esta composición no fué publicada en las *Poesías* del autor.

Á las iberias gentes,
Que el cielo dió á sus súplicas ardientes.
¡Vivid, creced y dominad gloriosos!
Ya las guerras cesaron,
Y mil himnos de gozo resonaron.
¡Creced, niños reales,
Creced; del mundo cesarán los males!
La tierra os reverencia, enmudecida,
Y os ofrece sus flores,
Sus bálsamos el Asia, y sus olores
Y sus palmas el Africa rendida,
América tesoros,
Y Europa de poetas dulces coros,
Que del mísero suelo
Os alzan á la bóveda del cielo.
El Héspero feliz gozará un día,
Por vosotros tornada
En su puro candor la edad dorada.
¡Cumplid, cielos, tan fausta profecía!
¡Cumplida, y que á su lado
El bélico furor yazca aherrojado,
Y la industria florezca,
Reine la paz y la justicia crezca!
Y tú, ilustre Academia, que inmortal es
Con tus doctos pinceles
Los ínclitos varones hacer sueles,
Anima de colores celestiales
El lienzo en honra suya,
Y en mármoles que el tiempo no destruya
Haz que un nuevo Lysipo
Nos eternice á Carlos y Filipo.
La patria lo demanda, y en tí espera
Que presto renacidos
Los nombres le darás esclarecidos
De Velazquez, Murillo, Cano, Herrera,
La juventud gozosa
Que acabas de premiar, ya codiciosa
Los imita y los sigue.
¡Oh si vencerlos con su ardor consigue!
Entonces, ¡oh Academia! sublimada
En gloria al alto cielo,
De ilustres hijos cubrirás el suelo,
Y á la edad llevarás más apartada,
Por su pincel divino,
El natalicio augusto y peregrino,
Causa de nuestro gozo,
Y al real abuelo lleno de alborozo.
Ante las aras te pondrás postrado,
Y el semblante encendido
Cual en ferviente súplica embebido,
En un grupo de nubes nacarado
Dos infantes reales
Le ofrecerá la paz en todo iguales,
Y él ledo los reciba,
Clamando un pueblo inmenso ¡Viva! ¡Viva!

EPÍSTOLAS.

EPÍSTOLA PRIMERA.

AL EXCELENTÍSIMO SEÑOR PRÍNCIPE DE LA PAZ, EXHORTANDO A SU EXCELENCIA Á QUE EN LA PAZ CONTINÚE SU PROTECCION Á LAS CIENCIAS Y LAS ARTES.

En alas de la pública alegría
Por la anhelada paz, de gozo llena,
A vos llega feliz la musa mía.
Disculpádla, señor, si acaso ajena
De un delicado acento cortesano,
Ruda os saluda, si de afecto llena.
Benigno sois, y miraréis humano
Á quien sólo agradaos fiel procura,
Y en vuestro nombre se complace ufano.
Del congojoso mando en la amargura,
Las dulces Musas que atendais os deban
Alguna vez su armónica dulzura.
Las celestiales Musas, que nos llevan,

En mil nobles ficciones embebidos,
Al alto cielo, si su canto elevan,
O halagándonos blandas los oídos,
Saben la vida ornar de alegres flores,
Y hacer gratos del triste los gemidos.
Magas divinas, que colmar de honores
Pueden á un tiempo á quien su plectro suena
Y á sus tonos responde con favores.
Así dura inmortal, de olvido ajena,
La memoria de Augusto y su valido,
Y el nombre Médico el orbe llena.
Llamadlas, pues, al premio merecido,
Y que las bellas artes reanimadas
Salgan también de su infeliz olvido;
Vedlas ir desvalidas, desoladas,
Demandando el amparo con que un día
De gloria se gozaron coronadas.
Dádselo vos, y todas á porfía
Vuestro alto nombre por el patrio suelo
Celebrarán en himnos de alegría.
El cincel, el buril con noble anhelo
Al bronce vida den y al mármol rudo,
Y el compas mida el ámbito del cielo.
Aun más que protector, sed firme escudo
De cuantos sigan, príncipe, sus huellas;
Que el ingenio sin vos se encoge mundo.
Un tiempo fué feliz que á las estrellas,
En sus brillantes alas sublimado,
Pudo inflamarse entre sus luces bellas,
Y allí tal vez de la deidad tocado,
Imaginó, creó, y osadamente
Logró seguirla en su inmortal traslado;
Atinando la ley con que la ardiente
Llama del sol á Júpiter camina,
Y alza la luna su nevada frente,
O al suelo de la esfera cristalina
Bajando, al hombre en su extensión perdido,
De las ciencias mostró la luz divina.
Mas hoy misero yace, y oprimido
Del error gime y tiembla, que orgulloso
Mofándole camina el cuello erguido.
No lo sufráis, señor; mas, poderoso,
El monstruo derrocad que guerra impía
A la santa verdad nieve envidioso.
En la España feliz su fausto día
Lucirá puro, cual el orbe llena
De vida el rubio sol y de alegría.
Es la civil prudencia una cadena,
Que enlazada en mil modos altamente,
El seso más profundo abarca apena:
La antorcha de las ciencias esplendente
Por ella entre arduos riesgos nos dirige
Del comun bien á la dichosa fuente.
Del prudente varón la mente rige
Solicita en pos del, y en su carrera
Hace que el pie jamás dudoso fije;
Que atienda dócil la verdad severa,
Y ansiando aplausos de la dulce fama,
Al grito ría de la envidia fiera.
Adiéstrale á calmar la infausta llama
De las pasiones, ó servir las hace
Del pueblo al bien, que su veneno inflama.
De adulación la máscara deshace,
El pecho humano á conocer le enseña,
Y con la paz y la virtud se place.
Quien sus avisos útiles desdena,
Juguete de la suerte desgraciado,
En mil tristes errores se despeña;
Mientras quien, como vos, arde abrasado
En su amor puro, y el oído inclina
De su labio al concento regalado;
En la llorosa tierra la divina
Esencia semejando, venturoso
Sobre las almas por su bien domina;
Y cual se rige en orden misterioso
Este inmenso universo, y blandamente
Se acuerda y gira en círculo armonioso;
La florida estación, el Can luciente,
La escarcha ruda del Enero umbrío,
El rápido huracán, el rayo ardiente,
La grata lluvia, el líquido rocío,
Todo concurre á la comun ventura.

Y ostenta del gran Sér el poderío.
Así un sabio ministro el bien procura
Universal al pueblo confiado
A sus luces y próspera ternura.
Todo á este bien dirígelo acertado;
Sabe aun del mismo mal sacar provecho,
Mientras el pueblo que rige, afortunado,
Le aclama padre, en lágrimas deshecho.

EPÍSTOLA II.

AL SEÑOR DON GASPAR DE JOVELLANOS, DEDICÁN-
DOLE EL PRIMER TOMO DE POESÍAS, EN EL AÑO
DE 1785.

A tí, querido amigo, las primicias
Ofrece de su voz mi blanda musa,
En prenda cierta de su amor sencillo,
A tí ofrece sus versos, dulce fruto
De la alegre niñez, juegos amables
Que en las orillas del undoso Tórmes
Canté algún día entre Dorila y Filis
Para templar mi llama, y sus oídos
Regalar con la placida armonía.
A tí, querido amigo, los consagra
Cual suele al padre el inocente hijuelo
Con los dones brindar, que su oficioso
Afecto le procura. Tú alentaste
Mis primeros conatos, y el camino
Me descubriste en que marchar debía.
El ardiente Tibulo, el delicado
Anacreon y Horacio á la difícil
Cumbre prepararon por aquí. «Sus huellas
Sigue, dijiste; siguelas sin miedo,
Que Amor y Febo al término te aguardan
Para ceñir tu sien de lauro y rosas.»
Quise empezar, y tú con diestra mano
El templado laud poniendo al pecho,
Mil armónicos sonos repetías,
Enseñándome á herir las dulces cuerdas,
O si tal vez, cobarde, recelaba,
Tornar me hiciste á la labor difícil
Con poderoso ruego. A tí debidos
Los frutos son de mi sudor; tú solo
Puedes ser su defensa y firme amparo.
Otros, Jovino, cantarán la gloria
De los guerreros, el sangriento choque
De dos fieros ejércitos, los valles
De sangre y de cadáveres cubiertos,
Y la desolación siguiendo el carro
De la infausta victoria; horrendas, tristes
Escenas de locura, que asustada
Mira la humanidad. Otros el vicio
Hiriendo con su azote, harán que el hombre
De sí mismo se ría, ó bien al cielo
Su tono alzando, explicarán las leyes
Con que en torno del sol la tierra gira,
Quién la luz lleva hasta Saturno, ó cómo
Del desorden tal vez el orden nace,
Y este gran todo invariable existe.
Mi pacífica musa, no ambiciosa
Se atreve á tanto: el delicado trino
De un colorín, el discurrir suave
De un arroyuelo entre pintadas flores,
De la traviesa mariposa el vuelo,
Y una mirada de Dorila ó Filis,
Un favor, un desden su voz incitan,
Y reclinado en la mollida hierba,
Tranquilo ensayo mil alegres tonos,
Que el valle escucha y que remeda el eco,
Tú mientras tanto al tribunal augusto
Subes, Jovino, y desde el alto escaño,
Órgano de la ley, sus infalibles
Óráculos anuncias, á tu diestra
Gozosa la Justicia los atiende,
Y á los pueblos la Fama los pregona.
La santa humanidad y el amor patrio
Tu pecho encienden y tus pasos guían,
Y como activo el fuego su ardor presta
A cuanto toca, el duro bronce ablanda,
Y todo en sí lo vuelve; así tu celo,
De tan clara virtud y amor guiado,

Por los sabios liceos se difunde;
La feliz llama en sus alumnos prende,
Y Madrid goza los opimos frutos
De tu constante afán. ¡Oh, qué de veces
Mi blando corazón has encendido,
Jovino, en él, y en lágrimas de gozo
Nuestras pláticas dulces fenecieron!
¡Qué de veces también en el retiro
Pacífico las horas del silencio
A Minerva ofrecimos, y la diosa
Nuestra voz escuchó! Las fugitivas
Horas se deslizaban, y embebidos
El alba con el libro aun nos hallaba.
Pues ¡qué! si huyendo del bullicio insano
En el real jardín.... ¡Adónde, adónde
Habeis ido, momentos deliciosos!
¡Disputas agradables, dó habeis ido!
Tú me llevaste de Minerva al templo,
Tú me llevaste, y mi pensar, mis luces,
Mi entusiasmo, mi lira, todo es tuyo.
Borra, tilda, corrige, perfecciona
Lo que empezaste, y de una vez se sepa
Que tú has sido mi númer, ¡oh Jovino!
Y que hijos son de tu amistad mis versos.
¡Oh, cuán alegre el corazón publica
Esta dulce verdad; cómo se goza
Mi tierna gratitud en confesarla!
Si; tú volviste á mí, cuando ignorado
Yacía y sin vigor en noche oscura
Mi inculto númer, los clementes ojos,
Con que las artes y el ingenio animas;
Tú extendiste la mano generosa
Para alzarme á la luz, y mi maestro
Y mi amigo y mi padre ser quisiste.
Yo desde entonces, cual la tierna planta
Del hortelano á los desvelos crece,
Fruto de su cultivo y sus tareas,
A sentir, á pensar, por tí enseñado,
Obra soy tuya y de tu noble ejemplo,
Y tuyos son mi nombre y mis laureles.
Si oso trepar al templo de la Gloria
Con generoso ardor, si repetidos
Son de mi lira los acordes tonos
Por nuestros descendientes, ¡cuán suave
Mi gratitud ha de sonar entre ellos!
¡Oh alegre día, oh venturoso punto
Aquel en que se unieron nuestras almas
En tan estrecho y delicioso lazo!
Un pensar, un querer, un gusto, un genio,
Una ternura igual, un modo mismo
De ver y de sentir, todo pedía
Esta unión, ¡oh Jovino! todo dobla
Cada día su encanto, y la hará eterna.
¡Indulgente amistad, placer divino,
Remedo acá en la tierra de la pura
Felicidad de los celestes coros,
Fuente de todo bien, apoyo firme
De la santa virtud! tú sola puedes
Amable hacer la vida, y deliciosa
Nuestra existencia triste; vén, inflama
A Batilo y su amigo, y que los hombres
De tí tomen ejemplo en ellos solos.
Tú mis versos dictaste, tú me inspiras,
Y hoy al dulce Jovino los ofrezco;
Tú los conserva favorable y guarda
A los lejanos siglos, porque sean
Muestra de tu poder, y á los mortales
Nuestros nombres y amor eternos digan.

EPÍSTOLA III.

AL EXCELENTÍSIMO SEÑOR DON EUGENIO DE LLAGUNO
Y AMIROLA, EN SU ELEVACION AL MINISTERIO DE
GRACIA Y JUSTICIA.

En fin mis votos el benigno cielo
Oyó, querido Elpino, y sus anuncios
Felices mi amistad colmados goza.
Te ve en la cima del poder, al lado
Del trono, moderar de la alma Témis
Las sacrosantas riendas, de la patria,
De la virtud, el mérito y las letras

En comun beneficio; la alegría
Oye del pueblo al repetir tu nombre,
Tu modesta virtud, tu celo ardiente;
Y en su entusiasmo á las amigas Musas
Ve, coronadas de laurel sagrado,
Cual suyo celebrar tan fausto día;
Apolo en medio á su vihuela de oro
Cantando en voz divina tus loores:
Tus loores, Elpino; de las letras
El imperio feliz, de la justicia,
De la blanda equidad, de las virtudes.
Sí, amigo; amaneciéoles claro un día;
Amanecié á la patria, que gozosa
De tí anhela su gloria y su ventura.
No ya excusarse tu modestia puede,
Ni de tu pecho al generoso impulso
Negarte es dado; óyela, y mil hijos,
Cuyo celo y saber su cetro tornen
A su antiguo esplendor, dale oficioso.
Tú los conoces, y á crearlos bastas,
Cual el ardiente sol abre fecundo
El seno en Mayo á mil alegres flores.
Tu genio, tus avisos celestiales,
Tu ejemplo los formó; tras tí treparon
Al despeñado templo de las Musas;
De tí oyeran del Pórtico y Liceo
Los nombres venerandos, y les diste
Que dóciles gustasen las lecciones
Del morador de Túsculo elocuente.
Tú de la musa de la historia amantes
Los hiciste también, y ante los ojos
De la olvidada Iberia les pusiste ras
Con docto afán los polvorosos fastos.
Las artes hechiceras con el dedo
Les señalaste, y los encantos nobles
Del cincel, del buril, del engañoso
Animado pincel por tí preciaran.
Cortesano, filósofo, ministro,
Á un tiempo todo, y para todos fuiste.
¡Quién, si no, te buscó, quién á tu lado,
Si te escuchó feliz (siempre en la dicha
Hallándote ocupado de los pueblos,
O en útil ocio con las dulces Musas),
No se inflamó en anhelo generoso
Por trepar á la cumbre do Sofía
Y alma virtud inaccesibles guardan
A los vulgares ojos sus misterios?
O ¿quién gozó cual yo de esta ventura?
Tierno muchacho, en su divina llama
Tocado el pecho, te busqué, y tú, blando,
A mi rudeza descender quisiste,
Y con diestra oficiosa mis dudosos
Pasos guiar en la difícil senda,
Ora alentando mi cobarde musa,
Ora su voz formando á la armonía
Del hispano laud, tan bien pulsado
Del dulce Laso y el divino Herrera;
Y ora inflamando el desmayado aliento
Con el laurel de inmarcesible gloria,
Que en la remota edad por premio justo
Guardado á anhelo tanto me mostrabas.
¡Con qué tornar mi gratitud sencilla
Podrá tales oficios? ¡Dónde voces
Hallar que llenen los afectos tiernos
De mi inflamado corazón? Amigo,
Querido amigo, generoso padre,
No tu modestia mi entusiasmo culpe;
Permíteme gloriar, cantar me deja
Tu sencilla bondad; sepan los hombres
Que te has dignado de llamarme amigo
Y dirigir mis juveniles pasos;
Que virtud y saber de tí aprendiera.
¡Oh! déte el cielo el galardón debido
Á tu indulgente humanidad; que amado
De tus señores y los hombres seas;
Que tu nombre en los siglos con los nombres
De Aristides y Sócrates divinos
En uno se veneren, y fausto corra
De boca en boca y de uno en otro pueblo.
Ministro de la paz, déte que goces
De tu amor patrio los opimos frutos
En colmada sazón; por tí animado

Brille el hispano ingenio, cuanto brilla
Puro el sol en la bóveda esplendente,
¡Qué inmensa perspectiva ante tus ojos
De dulce gloria desplegarse veo!
¿Dónde volverlos, que extender no puedas
Tu generosa mano? La española
Juventud llora, en su rudez sumida,
Y la llama feliz que en ella el cielo
Grato encendió, sin pábulo se extingue.
Dale maestros que sus tiernas almas
Formen á la virtud y al amor patrio.
¡Ah, cuánto, cuánto bien se libra en ellas!

Las casas del saber, tristes reliquias
De la gótica edad, mal sustentadas
En la inconstancia de las nuevas leyes
Con que en vano apoyadas titubean,
Piden alta atención. Crea de nuevo
Sus venerandas aulas; nada, nada
Harás sólido en ellas, si mantienes
Una columna, un pedestal, un arco
De esa su antigua gótica rudeza.

Torna después los penetrantes ojos
A los templos de Témis, y si en ellos
Vieres acaso la ignorancia intrusa
Por el ciego favor, si el celo tibio,
Si desmayada la virtud los labios
No osaren desplegar, en vil ultraje
El ignorante de rubor cubierto
Caiga, y tú, Elpino, de la santa Asrea
Ministro incorruptible, cabe el trono,
Sé apoyo firme de la toga hispana.

Dale, y á ti y á sus amigos caros,
Y al carpentano suelo, aquel que en noble
Santo ardor encendido noche y día
Trabaja por la patria, raro ejemplo
De la alta virtud y de saber profundo.
¡Pueda abrazarle yo; goce estrecharle
Luégo, luégo en mi seno, y de sus brazos
A los tuyos lanzarme, Elpino mío,
Extático de gozo al verme en medio
De mis más caras prendas! No, no tardes
El fausto plazo de tan claro día;
Débate mi amistad tan suspirada
Justa demanda, y subiré tu nombre
De nuevo, dulce amigo, al alto cielo.
Tú le conoces, y en sus hombros puedes
No leve parte de la enorme carga
Librar seguro en que oprimido gimes.

Mientras tu celo y tu atención imploran
Los ministros del templo y la inefable
Divina religión. ¡Oh, cuánto, cuánto
Aquí hallarás también!.... pero su angustio
Velo no es dado levantar; tú solo
Con respetosa diestra alzarlo puedes,
Y entrar con pie seguro al santuario.

Ve en él gemir al mísero colono,
Y al común padre demandar rendido
El pan, querido amigo, que tú puedes
Darle, de Dios imagen en el suelo.
Ve su pálida faz; llorar en torno
Ve á sus hijuelos y á su casta esposa.
La carga ve con que espirando anhela;
Mísera carga, que la suerte inicua
Echó sobre sus hombros infelices,
Mientras el magnate con desden soberbio
Ríe, insensible á su indigencia, y nada
En lujo escandaloso y feos vicios.

Elpino, aquí tu caridad invocó,
Tu generoso corazón; sus ayes
Recoge fiel, sus lágrimas honradas,
Sus justas quejas, y el clemente pecho
Por tí conmuevan del piadoso Carlos.
Su hollada profesión es la primera,
La más noble, más útil; de tí clama
Luces y protección; la valedora
Mano le tiende y sus plegarias oye.
No, ya no es dado recelar; la santa
Humanidad, la religión, las leyes,
El honor, la verdad, todos te imponen
Tan alta obligación; habla, importuna,
Clama, y débete el pobre su sustento;
Labren tus velas su dichoso alivio,

Y tus decretos la abundancia lleven
A las provincias, que tu nombre adoren.

Hélas, hélas, á ti vueltos los ojos,
Humildes demandarte su anhelada
Felicidad, á su plegaria unido
El indio vago en los inmensos climas
De la ignorada América; tu ingenio
Su tibieza mueva, su pereza aguije,
Alumbre su ignorancia, poderoso
Débiles las ampare, y feliz llene
De espíritu de vida entrambos mundos.

Renazca en ellos la virtud amable,
El candor inocente y fe sencilla
De las costumbres sobre el firme apoyo.
Ellas de nuestros padres bienhadados
La herencia afortunada un día hicieron,
Del honrado español fueron la gloria.
Consumiódalas el tiempo; empresa tuya
Es darles hoy su antiguo poderío
Y despertar las perezosas almas
Que en sueño indigno y en olvido yacen.
¡Pues qué es, ¡ah! de las leyes el imperio,
Qué de las armas la funesta gloria,
La opulencia, el poder, la ciencia, el oro,
Sin las costumbres? Enojosa llama,
Que brilla devastando, y luego muere.
Costumbres, pues, costumbres; y á su sombra
Florecerán las leyes olvidadas,
Y ellas solas harán felice al pueblo.

¡Cuánto de tí no espera! ¡qué no puedes
Hacer al lado del excelso amigo,
Cuya feliz prudencia acompañando
Tu íntegra fe, tu celo generoso,
Juntos marcharais ya con firme planta
Del aula en los difíciles senderos!
Su noble corazón, exento y puro
De plebeyas pasiones, mas de gloria
Lleno y amor al bien, labre contigo
La ventura común, y unidos siempre
En santa y útil amistad, que tornen
Haced, amigo, los dorados días
Que al suelo hispano mi esperanza anhela.

EPÍSTOLA IV.

Á UN MINISTRO, SOBRE LA BENEFICENCIA.

¡Cómo humilde rendir podrá mi musa
Las gracias merecidas al desvelo
Con que tu tierno corazón aege
La virtud infeliz al ruego mío?

¡Dó acentos hallaré que á mi oficiosa
Gratitud correspondan, dó palabras
Que al vivo, amigo, repetir puedan
Las bendiciones justas con que al cielo
Sube tu humanidad una inocente,
Mísera, desvalida, mas felice
Ya en la esperanza, con tu sombra ilustre!

No, mi musa no basta, y tu sencilla
Modesta probidad huye el aplauso,
Contenta sólo en bien hacer, ni ménos
La mano presta ofrece al desvalido,
Que cuidadosa retirarla sabe
Para ocultar, sagaz, el beneficio.

Amigo, tu bondad tu premio sea:
Ella te haga gustar de aquel secreto
Vivo placer que la acompaña siempre,
Tu espíritu inundado del más puro
Dulce contento en las calladas horas,
Cuando las almas insensibles oyen
Entre las sombras de la noche triste
La olvidada piedad que las acusa,
Y sus helados pechos estremece.
Ella tu premio sea; en tus oídos
Sin cesar clame, y poderosa te haga
Poner fin á la empresa generosa,
Dando sustento y pan á la viuda,
Al orfanico tierno y desvalido,
Que á tí convierten sus llorosos ojos.
¡Oh! ponte en medio de ellos, si lo puedo
Tu ternura llevar: ve su cuitada
Soledad indigente, ve sus manos,

Sus inocentes manos extendidas
Hacia tí, amparo suyo, sombra suya;
Ve sus tristes semblantes, sus gemidos,
Y la alegre esperanza que al mirarte
Baja y conforta sus llagados pechos.
¡Oh dulce, oh celestial beneficencia!
Virtud que abarcas las virtudes todas,
Tan rico dón, cuan poco conocido,
Tú, que al débil mortal con Dios semejas,
Cuya esencia es bondad, de cuyas manos
Contino dones mil al mundo bajan.
¡Dichoso aquel que ejercitarte puede,
Sus lágrimas cortando al afligido,
Y en diestra amiga al abatido alzando,
Del común Padre imagen en el suelo!

Tú, ilustre amigo, mis deseos sabes;
Tú, mi amor á la dulce medianía,
Do en ocio blando, en plácido retiro,
Gozo el favor de las benignas Musas,
Lejos de la ambición y el engañoso
Mar de las pretensiones, do á la orilla
En tabla débil por milagro escapa
Algun afortunado, y mil zozobran
En inútil lección; por nada, empero,
Anhelo alguna vez en la alta cumbre
Mirarme del favor, cual tú te miras,
Sino por enjugar con blanda mano
Su amargo lloro al pobre, y extenderla
Al mérito modesto y desvalido.
Mi tierno pecho á resistir no alcanza
Tan grata tentación; el fin formado
Para amar y hacer bien, y una corona
Tiene en ménos que hacer un beneficio.

Mil veces tú dichoso, que los puedes
Con larga mano dispensar, y al trono
Subir haces la voz de la miseria,
Gozando cada instante el placer puro,
El íntimo placer de que te miren
Como un padre común los desvalidos.

No basta, no, ser justo. El juez severo
Que, la vara de hierro alzada siempre
Contra el delito, inexorable el rostro,
Jamás sintió la compasión llorosa
Llenar de turbación su helado pecho,
Al ver de un reo el pálido semblante,
Y oír el ronco són de las cadenas,
Odioso debe ser. El sabio triste,
Que en áridos problemas engolfado,
Por no aquejar su espíritu insensible
Cierra los ojos, y la espalda torna
Al infeliz que á su dureza clama,
Odioso debe ser. Serlo aún más debe
El héroe sanguinario, que se place
Entre el horror de las infaustas guerras,
Sus feos muertes y alaridos tristes,
La sangre, el polvo y el tronante bronco
Tras un vano laurel. Aquel que sabe
Llorar con el que llora, condolerse
De su suerte cruel, con sus consejos
Hacerle llevaderos sus rigores,
Testificarle la amistad más viva,
En su seno acogerle compasivo,
Buscarle, hacerle sombra, y en su amparo
Solicito ocuparse; aquéste solo
Es de todos amado; su memoria
Con bendiciones mil corre en las gentes;
Brilla inmortal su gloria; de la tierra
Es delicia y honor, y viva imagen
De la Divinidad entre los hombres.
Así el astro del día sus tesoros
Derrama liberal, el aura pura
Esclarece, la tierra vivifica,
Templa los hondos mares, y es fecundo
Beneficio motor del universo.

Mostrarse indiferente á las desdichas,
Doblarlas es, y hacer un beneficio,
De aquel que lo recibe hacerse dueño.
Lo que sólo da el hombre, aquello guarda,
Y ni muerte ó fortuna se lo roba.
Salgamos de nosotros; extendámos
A todos nuestro amor, y la suprema
Bienandanza á morar, del alto emperio,

Al suelo bajará, de angustias lleno.
¡Ah! ¿cómo puede ser que en faz serena
Ni enjutos ojos el magnate mire
Penar al indigente? El tigre fiero,
Si al ligre ve sufrir, manso se duele;
¡Y el hombre es insensible á la miseria!
¡Y en el lujo dormido, al pobre olvida!

Nuestros días fugaces, sabio amigo,
De amargos ayes, de cuidados llenos,
Cual hermanos vivamos. Con la carga
De nuestros males encorvados vamos
Por la difícil senda de la vida;
Aliviémonos, pues; al que padece
Redimamos del peso; un infelice
Es justo acreedor á nuestro auxilio,
A un pecho noble y generoso basta
Ser hombre y desgraciado. ¿Quién no debe
Temer continuo la cruel desdicha,
Querido amigo? ¿Quién vivió hasta ahora
Sin conocer las lágrimas? Mil fieros
Enemigos acechan nuestros días,
Y el hombre á padecer nace en la tierra.

Ley es sagrada remediar sus males
Segun nuestro poder, y al que en la cumbre
Coloca Dios del mando, allí le pone
Para que en él el triste halle su alivio.
El pobre amparo, el mérito un patrono.
Prosigue, pues, tu empresa generosa,
¡Oh dulce amigo! acábala, y mis voces
Olvidadas no sean, con los graves
Cuidados que te abrumen noche y día.
Oye á tu alma sensible; da á la patria
Una familia, y sé segundo padre
De un huérfano infeliz; ambos deudores
Le somos, y á la madre desgraciada,
Tú piadoso favor, y yo mis ruegos
Le debo encarecidos. ¡Oh, lograsen
La suerte favorable cabe el trono,
Que á tu benigno corazón merecen!

EPÍSTOLA V.

AL DOCTOR DON GASPÁR GONZÁLEZ DE CANDAMO,
CATEDRÁTICO DE LENGUA HEBREA DE LA UNIVER-
SIDAD DE SALAMANCA, EN SU PARTIDA Á AMÉRICA,
DE CÁNONIGO DE GUADALAJARA DE MÉJICO.

Huyes, ¡ay! huyes mis amantes brazos,
Dulce Candamo, y entre el indio rudo,
En sus inmensos solitarios bosques,
Corres á hallar la dicha que en el seno,
En el fiel seno de tu tierno amigo
El cielo y la amistad te guardan sólo?
Surta en el puerto la atrevida nave,
Ya las velas fugaces libra inquieta
A los alados vientos; ya impaciente
Clama la chusma por levar el ancla;
Lévala; ciega, entre confusas voces,
Salvas y vivas, á la mar se arroja.

¡Oh! tente, tente, navecilla frágil,
¿Dó te abandonas?... Despeñado noto,
Mira cuál corre la llanura inmensa
Del antiguo Océano, infausto padre
De borrascas y míseros naufragios.
Los ciegos vados, los escollos tristes,
Las negras nubes sobre tí apiñadas,
Y tanto monstruo que las aguas cria,
Miedo y horror al ánimo y los ojos,
Mira desventurada; cautá el puerto
Torna á ganar, y deja de mi amigo
La venturosa carga. Amigo, vuelve,
Vuelve á mis brazos, y con blanda mano
Mis dolorosas lágrimas enjuga.
Tu ciego arrojo á mi sensible pecho
Se las hace verter.... ¡y más contigo
Podrán las leyes de un respeto injusto,
La opinión ciega, el pundonor vidrioso,
Que la ley santa de amistad? ¿No tienes
Aquí cuanto te debe hacer felice?
Tus hermanas, tu amigo.... ¡y de ellos huyes,
Y entre bárbaros dicha hallar esperas?
No, ingrato, no; la sólida ventura